

PREMIOS DEL XII CERTAMEN
INTERNACIONAL DE CUENTOS
“LENTEJA de ORO de la ARMUÑA”
San Quirico, JUNIO 2011



Foto de la Entrega de Premios del año 2010

Relatos premiados en la última edición
del Certamen de Cuentos

AYUNTAMIENTO DE PARADA DE RUBIALES
SALAMANCA

Edita: DIPUTACIÓN DE SALAMANCA

Producción: AYTO. DE PARADA DE RUBIALES

Maquetación: Difusión y Publicaciones
DEPARTAMENTO DE CULTURA
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA

Depósito Legal: S. 742-2005

Imprime: IMPRENTA PROVINCIAL

Índice

Presentación	7
PASCUAL GARCÍA BERMEJO	
El hombre de gris	9
CARLOS GÓMEZ DÍEZ	
La batalla de Stalingrado	17
FERNANDO VILLAMÍA UGARTE	

HEMOS LLEGADO a la XII Edición del Certamen Internacional de Cuentos Lenteja de oro de la Armuña, cada edición es un reto para nosotros. Desde el día de la convocatoria hasta hoy es un camino lleno de esfuerzos, perseverancia e ilusiones. Este año han participado 576 relatos, tanto nacionales como internacionales.

Desde el Ayuntamiento de Parada de Rubiales trabajamos para que en cada nueva edición, este día no sea el final, sino el comienzo del siguiente. Seguiremos impulsando este Certamen con todos los medios posibles y difundiéndonlo para que se pueda conocer esta iniciativa tan querida por nosotros.

Realizamos esta publicación con la colaboración de la Diputación de Salamanca, que recoge los cuentos premiados con el ánimo de que os lleguen a todos estas historias que nos hacen disfrutar y nos transportan por un momento al mundo mágico de los cuentos y las fantasías o de la realidad disfrazada, se trata de promocionar la cultura desde el mundo rural.

Quiero agradecer a todas las personas e instituciones que colaboran este año con nosotros, apostando por los valores de la cultura y el desarrollo rural, La Asociación NORDESTE DE SALAMANCA, La Diputación Provincial de Salamanca, El Consejo Regulador de la IPG Lenteja de la Armuña, La Caja Rural de Salamanca, La Junta de Castilla y León y La Facultad de Comunicación con el grupo de alumnos de 5º curso de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Pontificia de Salamanca y el profesor D. Pablo Rey, y a todos los miembros del jurado.

Gracias a todos, a nuestro pueblo, a todos los que participáis y los que nos acompañáis y apoyáis siempre.

PASCUAL GARCÍA BERMEJO
Alcalde del Ayuntamiento de Parada de Rubiales

XII EDICIÓN DEL CERTAMEN
Junio 2011

Composición del Jurado:

Presidente: D. Pascual García Bermejo

D. José Luis Martínez Roca

Catedrático de Literatura hispanoamericana de la Universidad de Oviedo

D. Nicolás Borrego Hernández

Catedrático de filosofía del Instituto Venancio Blanco de Salamanca

Dña. Eva Martínez Duque

Periodista. Jefa de prensa de la Delegación Territorial de la Junta.

D. Andrés Bermejo

Profesor y poeta

D. Ramiro Borrego Hernández

Profesor

Con la colaboración especial del profesor D. Pablo Rey García, profesor en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Pontificia de Salamanca y el grupo de alumnos de 5º Curso de Ciencias de la Información

Obras presentadas:

Cuentos: 576 narraciones

Premiados en la XII Edición:

Primer Premio: D. Fernando Villamía Ugarte, por el relato, *La batalla de Stalingrado*.

Segundo Premio D. Carlos Gómez Díez por el relato, *El hombre de gris*.

El hombre de gris

CARLOS GÓMEZ DÍEZ

—Buenos días, vengo a una entrevista.

—Su nombre, por favor.

—Javier López

—Muy bien, Sr. López, le están esperando. Vaya hasta el final del pasillo y tuerza a la derecha. Es la última puerta. No tiene pérdida.

—Muchas gracias. —sonreí a la recepcionista, tenía que empezar a congraciarme con mis futuros compañeros de trabajo.

Me ajusté la corbata, me erguí todo lo posible y caminé con aparente seguridad y aplomo hacia el fondo del pasillo; giré a la derecha, observé al pasar una máquina de café y ya estaba buscando con la mirada la última puerta cuando un desconocido me abordó con un vaso de plástico humeante en su mano.

—¿Javier, qué haces por aquí? —me dijo, como si me conociera de toda la vida.

—Disculpe. ¿Le conozco? —titubeé ante tanta familiaridad.

—¡Javier López! ¡El mejor contable que he conocido! Trabajamos juntos en Ibertérrica. ¿No te acuerdas?

La voz en grito de aquel hombre concentró en mí las miradas de las personas que aguardaban su turno en la máquina de café.

—Sí que trabajé en Ibertérrica, pero no le recuerdo. Perdone, no soy muy bueno con las caras ni con los nombres. Lo siento. Ahora me están esperando...

—No me extraña que trates de olvidar aquella etapa, sobre todo después de tu despido.

—¡Despido! Aquella palabra la pronunció con una entonación especial —con burla, diría yo— o más bien con desprecio.

—¡Despido! —resonó con fuerza en el pasillo, chocó con las paredes, reptó por el suelo hasta quedar flotando sobre la máquina de café.

Y entonces observé, con el rabillo del ojo, cómo la gente extraía su vaso de plástico humeante y se quedaba allí, escuchando la conversación, atraídos morbosamente por la fuerza de aquella palabra fatídica: despido.

Y entonces sentí sus miradas curiosas planchando mi traje, lustrando mis zapatos, peinando mi cabello, taladrando mi espalda, radiografiando mi alma.

—Se equivoca de hombre. Nadie me despidió. Yo me fui. —esboqué una sonrisa amarga.

Él bebió un sorbo de su vaso de plástico, impasible ante mi negativa, ajeno al círculo de trabajadores (mis futuros compañeros) que se estaba dibujando en torno al espectáculo.

Aproveché la pausa para observarle: un rostro común, una estatura normal, una mirada apagada, una voz anodina, en definitiva, un ser vulgar, tan gris como el traje que llevaba puesto.

—Lo mismo me dijo Susana Moreno. Parece que os pusisteis de acuerdo también en eso.

Aquello comenzaba a cansarme. Habría apartado de un manotazo a aquel hombre gris si no fuera por las miradas que cada vez sentía con más intensidad en mi nuca, miradas de futuros compañeros a los que debía causar una buena impresión ya desde el principio.

—Yo no conozco a ninguna Susana Moreno, creo que se ha equivocado de hombre. Ibertérrica es una empresa grande, quizá trabajó allí otro Javier López. Mi nombre es muy común. Una vez en el médico la enfermera llamó a Javier López y nos levantamos dos. Tuvo que ir dentro a mirar el segundo apellido. Menos mal que eran diferentes, de lo contrario, no sé qué habríamos hecho. ¿Tal vez un sorteo? —esto lo dije con una sonrisa y, por primera vez, miré directamente al grupo de personas que nos vigilaba desde la máquina de café. Nada mejor que ser gracioso para congraciarse con el público.

—No creo que aquella visita al médico te resultara graciosa. No después de los resultados de los análisis. Llevabas 10 años deseando ser padre y aquel día el médico te confirmó todas tus sospechas: tu mujer no era fértil y la insemi-

nación no era posible. No había solución médica. Podías adoptar, pero nunca tendrías un hijo de tu sangre. No con tu esposa.

Me arrepentí de haberme inventado la confusión de nombres en la consulta del médico. Aquel hombre de traje gris estaba tejiendo una historia, mi historia, como si fuera verdadera y el corro de gente que nos contemplaba desde la máquina de café estaba creyéndosela. Ante mi turbación el hombre de gris prosiguió:

—Al principio te hundiste como una piedra en el pozo de la depresión. Siempre deseaste tener hijos y ahora te sentías incompleto, condenado, presa de un destino inexorable que no podías alterar. Después presenciaste sin piedad la caída en el abismo de tu esposa: su autoestima arrebatada, su sensación de culpabilidad, su incapacidad de amar, su descenso al infierno del alcohol, su aislamiento de ti y del mundo. Pensaste en abandonarla, en divorciarte, en acabar con aquella farsa; pero no pudiste soportar la presión de tus padres, de tus suegros, de tus cuñados, de la familia... Entre todos la alzasteis del abismo y la reintegrasteis a su vida anterior, aunque nunca recobrasteis el amor sensual que un día aceleró vuestros latidos y ahogaba vuestra respiración. Te resignaste a un matrimonio rutinario y a esperar eternamente una adopción que nunca llegaba. Te resignaste hasta que Susana Moreno entró en Ibertérica y os hicisteis amantes.

—¡Amantes! ¡Después de todo lo que sufrió su pobre mujer! —susurró una voz indignada.

—¡Hombres! —corroboró el sector femenino de la máquina de café.

¡Era increíble! Mis futuros compañeros se creían a pies juntillas todo lo que aquel lunático estaba contando de mí.

—Oiga, ni tengo amante ni mi mujer es estéril. Tenemos dos hijos preciosos, mire. —le rebatí extrayendo de mi billetera la foto de Javier y Ana. Y me sorprendí mostrándosela al corro de personas que se había congregado en torno a la máquina de café.

No sé cómo guardas la foto de los hijos de Susana Moreno después de lo que les hicisteis.

—¡Pobres niños! ¿Qué les harían? —susurró la máquina de café.

—Mire, he sido muy paciente con usted. Ni le conozco a usted, ni a esa Susana no sé qué y además tengo prisa, me están esperando y mi trabajo es más importante que esta farsa. Ahora, si me deja pasar...

—Tu trabajo no era tan importante en Ibertérrica. Pasabas las tardes en el archivo con Susana Moreno, donde nadie os podía ver ni oír. Pero, claro, pasada la intensidad de vuestros primeros encuentros, el archivo no era un lugar digno en el que gozar de vuestro amor clandestino. Los hoteles eran demasiado arriesgados y, por otra parte, comenzaba a surgir entre vosotros un fuerte vínculo que os oprimía el pecho más allá del placer de un escarceo ocasional. Fue en alguna de esas ocasiones en que esperabas la llegada de Susana Moreno a la habitación en penumbra de un motel de carretera cuando una revelación te hizo ver a Susana Moreno como la madre de esos hijos que nunca concebirías con tu esposa.

—¡Qué cerdo! —exclamó sin disimulo el sector femenino de la máquina de café. Aunque la exclamación me pareció más bien una bofetada que golpeaba con furia mi mejilla de azogue.

El hombre de gris bebió un sorbo de su café y prosiguió impasible:

—Tú te habrías divorciado inmediatamente y te habrías ido a vivir con Susana Moreno sin pensártelo dos veces, sin mirar atrás, abandonando a tu dolida esposa a su suerte, haciéndola culpable del naufragio de vuestro matrimonio por su infertilidad. Pero ése no era el caso de Susana Moreno, ella no podía separarse fácilmente, no sin arriesgar la custodia de sus hijos Javier y Ana. Claro que, había otra posibilidad. Una locura, en realidad. Podíais fugaros juntos: Susana, tú y sus hijos. Tal vez a otro país, a un lugar lejano donde no pudieran buscaros, desde donde no pudieran extraditaros. Sin embargo, para eso necesitabas dinero, mucho dinero, una fortuna que tu puesto de contable no podía obtener. ¿O quizá sí? ¿No controlabas tú las cuentas? ¿No pasaban por tu ordenador millones de euros de la empresa?

—Los robó él. —oí a mis espaldas. Era una voz masculina esta vez. Parecía que mis futuros compañeros me habían declarado culpable antes de que el hombre de gris lanzara contra mí su acusación.

—No sé de quién partió la idea. Esa es la verdad. Tal vez Susana Moreno te convenció o tal vez tú la subyugaste con tu encanto personal, eso nunca lo sabremos, pero lo cierto es que la pasión, el amor, el deseo, o todo ello junto, te impulsó a cometer el desfalco.

Ya no lo soportaba más. Era superior a mis fuerzas. Aquel hombre de gris, sin alterar nunca la expresión de su rostro, había tejido una maraña de falsedades y calumnias que me había atrapado lentamente, sutilmente, enlazando sus mentiras con lo que yo decía para desacreditarle.

Si aquello hubiera sido un combate de boxeo, yo me había limitado hasta entonces a encajar golpes. Había llegado el momento de zafarse de mi adversario y de lanzarle un golpe que lo tumbara en la lona.

—¿Ah, sí? ¿Y cree usted que en una empresa como Ibertérrica la contabilidad la lleva una sola persona? ¿Cree que el jefe de contabilidad no se iba a dar cuenta de lo que estaba pasando? ¿Y los auditores externos? – esto lo dije con voz estridente, tratando de convencerle no a él, sino al grupo congregado en torno a la máquina de café que cada vez era más numeroso.

— No sé cómo hablas del jefe de contabilidad después de lo que pasó.

—¿Sí? ¿Qué le paso? ¿A él también le despidieron?

El hombre de gris bajó la mirada, ensombreció su semblante y con voz solemne respondió:

—El jefe de contabilidad de Ibertérrica está muerto.

—¡Muerto! ¡Él lo mató! –sugirió alguien.

—Cuando les descubrió. –corroboró otra voz acusadora.

Estaba claro que aquel hombre tenía la asombrosa habilidad de usar en mi contra todo lo que dijera y en hacerlo encajar como un guante dentro de una historia inverosímil que todos daban como cierta.

Mi primer golpe dialéctico se había vuelto en mi contra, lancé un segundo envite desesperado:

—¿Y si fuera cierto todo eso que se está inventando, por qué no estoy ahora en Brasil con esa Susana no sé qué y forrado de millones?

—Ya tenías los billetes de Air Brasil reservados, ya estabas a punto de consumir tu plan, cuando en tu último día de trabajo el jefe de contabilidad apareció muerto en su despacho, en la misma planta en la que trabajabas tú. “Un suicidio de libro”, concluyó la Policía: arma homicida junto al cadáver, nota de suicidio, historial de depresión. Lo que nunca supo la Policía, y la empresa se encargó de ocultar, es que el jefe de contabilidad envió un correo electrónico antes de morir, un correo donde revelaba al director general todos los pormenores de vuestro plan. Ibertérrica, como todas las grandes empresas, no quería más escándalos y llegó a un acuerdo con Susana Moreno y contigo: el dinero robado y vuestro despido a cambio de no denunciaros.

Sentía las miradas del corro de cafeteros clavadas en mi espalda, sentía su desprecio zarandeando mi cabeza, sentía su indignación estrangulando mi cuello. El hombre de gris había asfixiado a su presa después de haberla envuelto en su tela de falsedades y calumnias.

—Fue un buen acuerdo, ¿verdad Javier López? A nadie se le ocurrió que aquel suicidio era realmente un asesinato.

—Él lo mató. ¡Asesino! – coreaba el grupo de personas de la máquina de café, que ya nunca serían mis futuros compañeros.

Por primera vez el rostro del hombre de gris se iluminó: una sonrisa de triunfo surcaba sus labios.

Se hizo el silencio, la gente de la máquina de café se acercaba a mí lentamente, inexorablemente. La ira se reflejaba en sus miradas, la venganza, la justicia, el verdugo, la pena máxima.

Corrí como nunca antes había corrido, como se corre por salvar la propia vida, y salí huyendo de aquella empresa ante la mirada atónita de la recepcionista.

Encontré trabajo en otra empresa, pasó el tiempo y la humillación a la que me había sometido el hombre de gris se convirtió en un recuerdo incómodo que se escondió en algún rincón remoto de mi memoria.

Un día pasaba por delante de la sala de espera de mi nueva empresa cuando oí una voz anodina:

—... entonces Javier López te convenció para que cometieras un desfalco.

—Oiga, yo no conozco a ningún Javier López, ni he cometido ningún desfalco en mi vida. Sólo he venido a una entrevista, déjeme en paz.

La pobre chica negaba una y otra vez las acusaciones que la voz anodina le iba lanzando, de una en una, como los lazos certeros que lanzan los gauchos al aire para atrapar a las reses.

Ya se oían desde fuera los comentarios hirientes del público de la sala de espera, condenando sin piedad a aquella mujer atrapada en la maraña de mentiras del hombre de gris.

No pude soportarlo por más tiempo, era superior a mis fuerzas. Antes de que el hombre de gris acabara con ella, entré en la sala.

Ahora, mientras te espero, tomo conciencia de cómo aquel segundo encuentro con el hombre de gris cambió mi vida.

Bastó atravesar el umbral de la sala de espera, bastó con mirar fijamente a los ojos brillantes de la pobre chica, bastó con corroborar punto por punto la historia de falsedades y calumnias que el hombre de gris estaba tejiendo, para que un torrente de lágrimas inundara la huida precipitada de la mujer y yo fuera contratado por la empresa de selección de personal del hombre de gris.

Ya oigo tus pasos al fondo del pasillo, sujeto con pulso firme mi vaso de café humeante y repaso mentalmente tu nombre y la empresa que me acaba de decir la recepcionista. En unos segundos te abordaré, diré tu nombre para que todos los de la máquina de café lo oigan y te someteré a una prueba psicológica (no es nada personal) que no olvidarás jamás.

La batalla de Stalingrado

FERNANDO VILLAMÍA UGARTE

EL NUEVO MENDIGO se hacía llamar Igor y, a diferencia de los otros, no parecía abrumado por la desesperación ni abatido por la desdicha. Al contrario, toda su persona desprendía un cálido efluvio de felicidad, una suerte de dicha profunda que parecía brotar de su interior. Era como si tuviera confianza en algo invisible, en una mano tutelar que lo protegiera y le diera seguridad. Quizá por eso la gente le daba más dinero que a los otros. Era mayor, muy mayor, y hablaba el español con un ligero acento ruso. Pasaba horas y horas apostado en la esquina de mi calle, ajeno a las inclemencias del tiempo, y siempre con la mano izquierda oculta en el bolsillo o cuidadosamente enguantada; pero jamás suplicaba; dejaba en el suelo su platillo y adoptaba una grave indiferencia, como si aquello fuera un trabajo más y la posible recaudación no tuviera importancia alguna. A veces se entregaba a una gesticulación abrupta y desdeñosa, pero pasaba la mayor parte del tiempo absorto en sus quimeras, embebido en una rara ensoñación que dejaba una escarcha triste en su mirada.

También a mí me llamó la atención su porte, aquella prestancia impropia de su condición, y confieso que le ofrecí tabaco y limosna sin otro objeto que conocerlo con más detalle. Así aprendí que Igor era uno de los llamados niños de la guerra, uno de aquellos muchachos que en 1937 salió de España empujado por las lágrimas de sus padres, abordó un barco triste y desembarcó con el puño en alto, casi sin darse cuenta, en una vida nueva en Leningrado. Entre cigarro y cigarro, sobornado de vez en cuando con algún café, Igor me fue contando los detalles de su vida. Tema una voz que embelesaba, una especie de ronquera soñadora que te atrapaba en el relato como una compañía tierna y ligeramente embriagadora. Había sido la suya una vida sencilla, una de esas vidas que discurren en una abnegación que linda con el sacrificio, una vida llena de ese heroísmo humilde que se necesita para no claudicar ante las dificultades y zozobras de una historia tan estremecida como la de Europa en el

siglo XX. Dejó la Guerra Civil en España, empuñó con ilusión el espejismo comunista de la Unión Soviética, y se batió por un sueño en la Segunda Guerra Mundial; quiso regresar a España y no le dejaron; cuando lo hizo, en 1957, encontró más frío que en Rusia; decidió volver a Moscú para ver cómo se desfondaba una químera construida de sueños y cadáveres, y acabó de nuevo aquí mendigando sostén para una vida que habría merecido un monumento. Y a pesar de su familiaridad con la catástrofe, a pesar de su escuálida confianza en el género humano, todavía encontraba fuerzas para sonreír, para irradiar aquella rara felicidad que parecía envolverlo en un halo maravilloso y protector. Había tanta humanidad en él, desprendía tanta fuerza, que ahora sé que Igor ha sido la persona más viva que he conocido nunca. Vivía cada instante con tanta avidez, con tal sensación de dádiva, que casi daba envidia verlo vivir.

Hablé muchísimo con él. Conocí sus gozos y sus zozobras, la sensación de orfandad profunda que experimentó al abrazar a su madre por primera vez tras veinte años en Rusia y no sentir nada; el abandono que lo sobrecogió cuando el barco soltó amarras del puerto de Santurce rumbo a Leningrado y en su pecho se rompió el hilo delicado que lo unía a algo más grande que él mismo. Todo lo supe. Pero la única vez que lo vi iluminado y ardiente, encendido por la pasión, verdaderamente orgulloso, fue una tarde de lluvia en un café de mi barrio. Hacíamos una pausa en la conversación y oíamos fuera el susurro de la lluvia. Cuando volvió a hablar, la voz le salió distinta, casi rota:

—Aquí donde me ves, yo detuve durante veinticuatro horas la batalla de Stalingrado.

Lo dijo y se quedó callado, como si el recuerdo ocupara todo su ser y no pudiera ni hablar. En sus ojos tiritaba esa extraña lucidez que sólo dan el delirio o la fiebre. Lo recordaba con tanta intensidad, que casi yo mismo podía verlo en su memoria.

Agradecido por la acogida de los rusos como niño de España, el mismo día que Molotov anunció por la radio que los alemanes habían invadido la patria rusa, Igor se alistó como voluntario. Le reconocieron el gesto, pero intentaron disuadirlo, ya que había mostrado una magnífica disposición para la música, en concreto para el chelo, y querían preservar su arte “al servicio del pueblo”, le dijeron. Ante su insistencia, lo aceptaron, pero lo mantuvieron protegido, alejado del frente, como integrante de una banda de música que ofrecía solaz a los oficiales y, muy de vez en cuando, a los soldados. “Se lucha también con la belleza”, le decían. No en vano había estudiado con Shostakovitch en el conservatorio de Moscú, con compañeros luego tan ilustres como Rostropovitch.

Estaba destinado a ser un intérprete genial, uno de esos músicos capaces de erigir un sueño. Pero él quería estar cerca de la sangre, sentir la furia de la guerra, sufrir con los que habían aliviado su propio sufrimiento. Se lo debía. Por eso siguió insistiendo. Y, por fin, cuando ya no esperaba nada, llegó su hora. Los ejércitos rusos retrocedían ante la avalancha germánica. La sombra de la derrota afligía a la Gran Patria Rusa. Hasta que Stalin dio la orden de no otorgar más terreno al enemigo, de no ceder esa orden fue Stalingrado, la más brutal de todas las batallas. Y allí estuvo él.

Casi llegaba a verlo en su relato. De entre la niebla emerge un soldado con el uniforme ruso, perfectamente pertrechado, pero con algo extraño: un raro búho parece brotar de su espalda y le da a lo lejos un aspecto monstruoso. Esa anómala joroba, ese búho no es otra cosa que su violonchelo, del que no se separa jamás. Los soldados se lo reprochan; los oficiales se lo prohíben; pero todo es inútil. El violonchelo es sagrado. Había pertenecido a Shostakovitch, y se lo había regalado tras una clase muy fructífera. Era su talismán. No podía deshacerse de él. Era su amuleto, su salvación. Si se separaba del violonchelo, estaba seguro de que moriría; pero con él pegado a la espalda se sentía invencible, por completo invulnerable. Tras demostrar que podía moverse con endiablada agilidad llevando a la espalda su instrumento, consiguió un renuente permiso de la autoridad y un sinfín de bromas de todos. Lo llamaban el jorobado del conservatorio, le decían que padecía el síndrome del chelo; se burlaban sin piedad. Pero él sonreía. Y seguía adelante.

Stalingrado no era una ciudad; era un distrito del infierno. El primer día, a pesar de su experiencia en Rusia, le sorprendió el frío. Era un frío distinto, una gelidez que parecía ensartarlo como un taladro glacial que le horadara la cabeza y le endureciera la piel. Un frío tan perfecto, que no se sabía si venía de dentro de uno mismo o de fuera. Pero lo que realmente le sobrecogió fue el silencio de los soldados, el dramático mutismo que presidía sus reuniones. Había algo terrible en él. Montones de jóvenes juntos tiritando en medio de un silencio aterrador. Nadie hablaba. Todo el mundo parecía acorazarse en su soledad, encastillarse en su interior; como si temieran que una palabra o un gesto fuera a romper su resistencia y desbocar sus emociones. El silencio era un dique contra la conmoción brutal de la guerra. Lo entendería enseguida. Bastó un primer recorrido por la ciudad. El, que no había visto nunca un cadáver hasta entonces, sufrió de golpe un empacho de muertos; vio miles de muertos apilados, montañas de cadáveres, cuerpos descendidos ya a mera piltrafa; vio rostros tan normales, tan parecidos al suyo, que parecía mentira que estuvieran

muertos. Muertos que no estaban preparados para morir cuerpos reventados, cuerpos desnutridos, cuerpos de muertos por congelación; todos con una luz atónita en la cara, como si la muerte fuera una sorpresa, un fogonazo que no se puede comprender. Y, en medio de todo eso, un olor tan nauseabundo, tan sólido, que no podía ser sólo físico. Era el olor de la podredumbre, pero una podredumbre que tenía que venir del alma. Aquél era el olor del alma cuando se pudre. Caminaba entre la muerte con una mano tapándose la nariz y la otra acariciando el chelo, buscando un vago consuelo en aquel contacto, sintiendo que el calor del instrumento podía preservarlo en parte de aquella bárbara desolación. Y entonces comprendió. Comprendió que ninguna palabra, que ningún gesto podía contener aquel dolor, que aquella hecatombe no cabía ni en el lenguaje entero de los hombres y sólo podía vivirse en aquel silencio terrible que no era sino la música del horror. Hablar parecía una frivolidad; el lenguaje mostraba en Stalingrado su descarnada pobreza. Los muertos no cabían en las palabras que los nombraban. Así que Igor también ingresó en aquel silencio estremecido.

Lo destinaron al asedio de la Mamaev Kurgan, la colina que dominaba la ciudad entonces en manos de los alemanes. Nunca había sido más fácil morir; cada día lo hacían tres mil soldados rusos. Tres mil. También esa era una cifra del silencio. Igor conoció el fragor de la guerra, el ruido infernal de los bombardeos, el griterío enloquecido de la batalla. Vio cuerpos reventados por granadas; vio heridas inconcebibles y ojos en los que no cabía más miedo; vio perros aterrorizados que se arrojaban a las aguas heladas del Volga en busca de una muerte segura. Vio morir de golpe –un tiro en la frente, apenas un agujerito, casi sin sangre– a su compañero de trinchera. Y entonces comprendió. Comprendió que tenía una misión.

Desoyendo los gritos y las reconvenciones de todos, se puso en pie y salió de la trinchera. Enseguida lo reconocieron por la inconcebible joroba que llevaba a la espalda. “¡Es el del chelo!“, oyó. Y en aquellas palabras ya venía empezada la sospecha de que, como muchos otros, Igor había enloquecido y, en su delirio, saltaba hacia la muerte. Pero no; no era así. Sus pasos no mostraban el aire anárquico y desnortado que dicta la desesperación. No. Su paso era resuelto y firme: la forma de andar de un hombre que sabe dónde quiere ir. Caminaba con determinación, seguro de su meta, con los pasos iluminados de quien cumple una misión.

Nadie podrá explicar nunca qué clase de milagro lo protegía, qué mano apartaba las balas, qué raro sortilegio hacía fracasar a las granadas, cómo un

hombre solo con su chelo a cuestas pudo caminar doscientos metros en medio del infierno sin pestañear siquiera. Nadie podrá entender jamás que el fuego fuera disminuyendo poco a poco, que los disparos ralearan, e Igor acabara caminando en medio de un silencio que parecía la respiración misma de la tierra. Y de pronto, como si hubiera reconocido un lugar que llevara años en su mente y en sus sueños, se paró. Era un enclave equidistante de las líneas de contendientes, un punto en mitad de las trincheras rusas y alemanas. Y allí, en la tierra de nadie, en el centro mismo del campo de batalla, con el perfil hurtado a veces por el humo, Igor abrió la funda de su chelo, sacó una banqueta plegable, el arco y el instrumento; se sentó en medio de los dieciocho grados bajo cero que ponían el aire terso y duro; abrió las piernas, se acomodó entre ellas el chelo, se quitó los guantes, y arrancó a las cuerdas un primer acorde grave, un quejido mineral, una especie de estertor geológico que sin embargo todos los soldados entendieron. Igor siguió tocando. Buscaba en sus cuerdas una música única, algo que jamás había tocado, pero que ahora necesitaba tocar, una melodía que nacía de la nieve y de la sangre, una música que contuviese el perdón, unas notas que evocasen la voz de su madre, la voz de todas las madres, el sonido de ese escalofrío que sólo conoce el corazón. No sabía lo que estaba tocando, pero no podía dejar de tocar. Notaba un acuerdo general con el mundo, una felicidad que nacía de su sangre, bajaba como un torrente por su brazo y movía los dedos de su mano izquierda con una sabiduría y un afán que nunca antes había sentido. Se dejaba llevar por aquella furia enternecida, por aquella pasión sabiamente gobernada que tiritaba entre sus manos, y el chelo respondía con voz casi humana a todas sus solicitudes. Nada podía alcanzarlo allá donde estaba: ni el frío, ni la guerra, ni siquiera el viento que azotaba la colina. Sólo estaban él y la música; aquella música distinta, nueva y lavada, que no sabía de dónde venía, pero que se confundía con su mano y con sus dientes, con el murmullo de su propia sangre. Pasaba el arco sobre las cuerdas una y otra vez con mimo, con denuedo, con un gesto que contenía al tiempo la concesión y la exigencia. Que lo contenía todo. Y era feliz. Feliz en Stalingrado. Feliz en el más bárbaro campo de batalla que haya conocido la historia. Dichoso en la música que salía incontenible por sus manos iluminadas.

Tal vez por eso no se dio cuenta de las otras presencias. No pudo advertir cómo de un lado y otro, alemanes y rusos, rusos y alemanes se habían ido acercando. Atraídos por aquel sonido evocador, llamados también por las voces de sus madres, por la palabra acariciadora de sus novias, por aquel chelo único

que conseguía dar la nota esencial de cada vida, allí se habían ido aproximando. Reconocían en aquella música el vagido elemental de la vida, la nota turbia de la sangre humana en demanda de calor, de afecto, de compañía. Y sin darse cuenta, al acercarse, iban notando la progresiva invalidez de las armas, una suerte de pereza en los gatillos, una renuencia en los mosquetones y los cascos, que les obligaba a bajarlos, a dejarlos a veces en el suelo o colgados sobre los hombros como restos de algo muy lejano. Cada vez estaban más cerca, a cada rato el paréntesis que lo contenía se iba estrechando. Las dos filas enemigas se iban aproximando. Se oían sus pasos duros, el pesado rumor de un ejército en marcha. Pero había algo candoroso y tierno en su forma de marchar, una nota distinta e inédita en sus botas, que ya no caminaban hacia la destrucción sino hacia el encuentro.

Todos lo rodearon, formaron un círculo perfecto, en el que había hombro con hombro amigos y enemigos, rusos y alemanes, alemanes y rusos, todos juntos en la misma música, todos juntos con un mismo silencio. Porque nadie dijo nada. No se oyó ni una sola palabra. Todos escuchaban, y cada uno quizá oía su propia melodía, esa música íntima que cada hombre lleva en su corazón. Los rostros, renegridos y sucios, cobraban un nuevo esplendor. Y en las miradas de los soldados, en sus ojos brillantes como charcos alumbrados por la luna, se adivinaba la materia tierna y vehemente de los sueños. Igor seguía tocando.

Nadie se atrevía a hablar, todos parecían absortos en aquella escena de ensueño y maravilla que Igor había levantado. El silencio era perfecto. Ni siquiera sonó un susurro cuando todos vieron, con una claridad sacramental, deslizarse por las cuerdas la primera gota de sangre desde uno de sus dedos de la mano izquierda. La gota, de un rojo sublime, recorrió la cuerda y fue arrollada por el arco que la deshizo en mil partículas carmesíes. Igor llevaba tocando más de seis horas y los dedos le sangraban. Pero no podía dejar de tocar. Tanto él como los soldados sabían que estaban asistiendo a algo sagrado, a un suceso único que los ponía en contacto con las fuerzas más profundas de la vida, a un ritual que los transformaba. Y nadie podía renunciar. Los dedos de Igor sangraban y sangraban. Desde las yemas, como un fagonazo, le asaltaba de vez en cuando una punzada terrible de dolor. Pero se trataba de un dolor voluptuoso, de un dolor que encerraba un secreto placer.

Igor tocó durante veintitrés horas y once minutos. Luego se desmayó.

Al despertar, oyó de nuevo el sonido triste de la guerra que él logró detener durante un día, y sintió en la espalda un espantoso vacío: ya no llevaba pegado a él el chelo de Shostakovitch, aquel chelo de la tregua y la comunión

entre los hombres. Lo primero que hizo fue preguntar por él.

—El chelo está arrestado —le dijeron.

Casi había olvidado la extraña lógica militar que permite arrestar a lugares, animales y objetos como si fueran personas. Pero en el fondo le agradó que su chelo fuera considerado una amenaza de paz y recibiera aquel honroso castigo. Pidió permiso para verlo. Lo encontró de pie, apoyado en un rincón del improvisado calabozo. Parecía tiritar de soledad, allí, silencioso y manchado de sangre, de su sangre. Tan dócil al silencio como lo había sido a la belleza. Nunca más lo volvería a ver. Jamás volvería a acariciar sus cuerdas, a sentir el hondo temblor que palpitaba en su madera. Pero no importaba, decía Igor. El chelo ya había cumplido su misión.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿No has vuelto a tocar?

Yo también cumplí aquel día mi misión. Ya no hace falta que toque más. Además, estoy seguro de que nunca, por más que trabajase y me esforzase, nunca, ni siquiera en mis mejores sueños podría volver a tocar como aquel día. Además, sería imposible.

Igor se quedó en silencio, sacó su mano izquierda del bolsillo, la desnudó del guante, y la puso ante mis ojos. Era una mano inconcebible, monstruosa. Tenía un color amarillado y parecía hinchada, deforme. Le faltaba el dedo índice (hubieron de amputárselo por congelación), y las yemas del corazón, el anular y el meñique estaban surcadas por unas cicatrices anchas y profundas, cuya sola contemplación hacía daño. Pero, en medio de aquella fealdad, dormida entre las cicatrices, tiritaba la luminosa presencia de la gracia.

Cuando consideró que ya había contemplado su mano y entendido, Igor la giró hacia sí, la miró durante unos segundos y, sonriendo, me dijo:

—Es la única herida de la que nunca he querido recobrar.

